

Memoria de la palabra

Manuel Zapata Olivella
Colombia

Hasta donde alcanzo a recobrar los recuerdos infantiles, la palabra saltó a mis labios tardíamente. Cuatro años cifraba cuando dije: "cha-lala". Según mi madre, esto significaba: "no soy mudo". La experiencia personal de esta tardía jitanjáfora ha sido fabulada en mi novela *Changó, el Gran Putas*, atribuyéndosela a Marcus Garvey. En ella el líder jamaiquino, sacudido por un relámpago, comenzó a hablar pronunciando el nombre del gran oricha africano.

Aunque el lenguaje sea el patrimonio de la tribu, para cada quien es una conquista personal. Literatura, diatriba, filosofía o el eterno ritornelo del papagayo. En ese trepar del homosapiens por el árbol de la palabra tuve muchas horquetas. Además de mi madre que me enseñó a conjugar el verbo vivir, otras personas me ayudaron a vertebrar mis propios símbolos.

Mi abuela paterna, Angela Vásquez, rezandera de profesión, en largas noches de velorios me enseñó a oír el tono grave de Dios. Mi padre, maestro de escuela con aula en casa, me impuso desde muy temprano el freno de la gramática; en la geografía rural donde viví hasta los siete años, los campesinos me enseñaron los nombres del agua, de los pájaros, los frutos y las estrellas.

Ya en Cartagena de Indias, el barrio de Getsemaní me hizo rebelde enseñándome las palabras libérrimas de la mulatería. La calle donde vivíamos tenía el nombre sacrosanto de San Antonio; sin embargo, por las malas expresiones que allí se aprendían, se le llamaba de la "mala crianza".

Después llegó el bachillerato. Allí el yunque de la academia intentó templar mi palabra brava. Los profesores de latín, inglés y el francés inútilmente trataron de hacerme sabio en lenguas muertas y modernas. Cuando a los 16 años gané el primer premio en un concurso estudiantil --¡hace medio siglo!-- no supe que me había

iniciado en la más enrevesada de las artes: la literatura.

La facultad de medicina en Bogotá poco me ayudó a diseccionar la anatomía de las cuerdas vocales. No obstante, con las letras pude costear en parte mis estudios en la universidad, escribiendo artículos en periódicos y revistas bogotanos (*El Tiempo, El Espectador, Cromos, Sábado, Estampas*, etc., 1940-1943). La universidad también me permitió triscar en pintura, filosofía, sociología, música y teatro, escarbando los textos prestados de mis condiscípulos. Pero las humanidades aprendidas en los libros suelen quedarse en la metafísica de los molinos de viento. Decidí, pues, deshacer entuertos andando a pie, sin rocín ni escudero por los caminos de Centro América, México y Estados Unidos. El discurso que aprendí de los vagabundos quedó consignado en mis relatos de viaje (*Pasión Vagabunda* (1948) y *He Visto La Noche* (1952)).

Este andurrear --1943-1946-- alimentó mis primeras novelas *Tierra Mojada* (1947) y *La Calle 10* (1960). Si entonces hubiera valorado consecuentemente mi obra literaria, habría podido concluir que de las múltiples tentaciones que compulsaban mi juventud, la literatura era la más fiel. Pero no acerté.

Escribir fue siempre para mí una forma de llegar a otros mundos. Medicina. Antropología. Sociología. Historia. Caminos erráticos que me condujeron al más inesperado de los puertos: el lenguaje de la autenticidad étnica y cultural. Es lo que concluyo al releer mis obras publicadas por esos años: *China 6 A.M.*, *Relatos* (1955); *Chambacú, Corral de Negros*, novela (1963); *Detrás del Rostro*, novela (1963); *En Chimá Nace un Santo*, novela (1964); *Cuentos de Muerte y Libertad* (1961); *¿Quién Dio el Fusil a Oswald?*,

cuentos (1967); *El Galeón Sumergido*, cuentos (1963); *Los Pasos del Indio*, teatro (1966); *Caronte Liberado*, teatro (1972); *Las Tres Monedas de Oro*, teatro (1966); *El Retorno de Caín*, teatro (1972); *Mangalonga el Libertero*, teatro (1977). Las fechas de publicación no siempre coincidieron con el momento de escribirlas.

Andaba en estas arrierías cuando me puse a dialogar con el viejo Sócrates, en 1964. Con su astucia de buen conversador le fue fácil convencerme que no sabía nada de nada, y menos de literatura. Contuve la fiebre fabuladora. El peripatético me acosó con su interrogatorio implacable:

- ¿Tienes un lenguaje propio?
- ¿Además de las palabras, qué otras herramientas utilizas al escribir?
- ¿Quién es ese entrometido que en tu inconsciente te ayuda a fabular?
- ¿Qué hora del devenir literario marca tu reloj?
- ¿Quiénes otros autores te enriquecieron con sus obras?
- ¿Estás al tanto de los descubrimientos de la etnohistoria, la antropología y la lingüística cultural que nutren la moderna literatura?

La dialéctica de las contradicciones, aciertos, ignorancias y defectos que hallé en mis libros publicados y en borradores, me obligó a silenciarme durante más de veinte años. A espaldas de los críticos, lectores y editores me encerré solo con todos los toros de la literatura, sueltos a la vez. Para poderlos lidiar, los citaba con el trapo rojo de la única obsesión: "Changó, el Gran Putas". Quería escribir la epopeya de los cincuenta millones de africanos y de sus descendientes puros, mulatos y zambos bajo sus esclavizadores españoles, portugueses, franceses, ingleses y holandeses en América.

Para contar esas historias en Africa, Colombia, Venezuela Haití, Brasil, México y los Estados Unidos que componen la saga de Changó, necesitaba un lenguaje común que no fuera el de los amos. Sólo la tradición oral de esos oprimidos, gestora de nuevos idiomas y connotaciones africanas, indias y europeas, me permitió bajar la testuz a problemas literarios que nunca fueron lidiados con la mirada totalizadora del mestizo triétnico. No más "yo". No más "tú". No más "él". Sino las mil voces americanas conjugando el "nosotros". Y todavía andan sueltos muchos otros toros matreros que no acudieron al quite.

Es cuanto alcanzo a rememorar de los más lejanos recuerdos infantiles en la búsqueda de la palabra que hoy comienzan a confundirse en la memoria de la muerte.